

# Edipo Rey y Edipo en Colono

INÉS DE CASSAGNE

## 1. Edipo Rey

Dado que la verdad es “*alétheia*” –develación, descubrimiento–, no es de extrañar que su búsqueda requiera a veces métodos detectivescos. Chesterton ofrece un ejemplo de ello en sus numerosos cuentos cuyo protagonista es el Padre Brown; y Camus y Malraux han puntualizado la similitud con el género policial que suele notarse en ciertas tragedias. Así sucede en el *Edipo Rey* de Sófocles, donde se trata de poner en claro un asesinato ocurrido largo tiempo atrás, olvidado, descuidado y del que no quedan casi rastros.

La cuestión planteada al comenzar la obra es la siguiente. Una terrible peste está asolando la ciudad de Tebas: una peste que atenta contra las raíces de la vida, esterilizando la tierra, los animales y las mujeres. Una embajada de ciudadanos acude ante Edipo, su rey, para que los salve de ella. Y confían en él porque ya una vez los había salvado de otro mal: la Esfinge, ser demoníaco que asesinaba a Tebas exigiendo el tributo anual de siete muchachos y siete muchachas. Cuando esto sucedió, años atrás, Edipo no era todavía rey, sino un recién llegado, quien se animó a enfrentarla y la venció descifrando el enigma que ella proponía y nadie había sabido resolver: “¿Quién es el ser que a la mañana camina en cuatro patas, al mediodía en dos y a la tarde en tres?” “El hombre”, había contestado Edipo... Tebas agradeció a su salvador acordándole el trono, que poco antes quedara vacante al ser asesinado el rey Layo, y, además, la mano de Yocasta, la reina viuda. Con ella tuvo Edipo dos hijos y dos hijas, a más de que demostró sus dotes de gobierno durante mucho tiempo. Ante esas felices circunstancias, el asesinato de Layo pasó al olvido y nadie se ocupó de investigar...

Edipo, pues, aparece como un buen gobernante, estimado como tal por sus súbditos. Se ha ganado esta estima, y es por ello que acuden confiados a él, diciéndole por boca del sacerdote que los preside:

*Cierto, ni yo ni estos hijos arrodillados ante ti te igualamos a los  
[dioses, no,  
pero te estimamos como el primero entre los hombres...  
Te bastó entrar en esta ciudad de Cadmo para librarla  
del tributo que pagaba a la horrible Cantora:  
nada sabías por boca de nosotros, de nadie habías recibido lecciones;  
es con ayuda de un dios –todos lo dicen, todos lo piensan–  
que supiste enderezar nuestra vida.  
Y bien, ahora también, poderoso Edipo, amado aquí por todos,  
a tus pies te imploramos, descubre un socorro para nosotros,  
ya te la enseñe la palabra de un dios, ya la de un hombre...  
¡Oh, el mejor de los mortales, endereza la ciudad...  
Esta tierra te llama salvador...ienderézala definitivamente..! (v. 31-43)*

De este modo Edipo, que responde a la súplica con paternal benevolencia, se ve abocado una vez más a una tarea de descubrimiento. Dado sus éxitos hasta el momento, se siente capacitado y muy seguro de sí mismo; no duda poder resolver el nuevo problema y se compromete a hacerlo. Además, demuestra prudencia al no contar sólo con sus propias capacidades: para orientarse en la búsqueda de un remedio que cure de la peste, recurre al oráculo de Delfos.

“El único remedio que he descubierto” –dice– es consultarlo.

Y tiene razón: Apolo, el que se manifiesta en Delfos, es el dios luminoso, sabio y médico. Lo que revele tendrá pues valor curativo y salvífico. Y el oráculo indica:

*Extirpar la inmundicia que abriga esta tierra  
y no dejarla crecer al punto de ser incurable (vv.96-97)*

De allí resultan claras dos cosas: primero, que la causa de la peste es algún grave mal, algún foco infeccioso, que poluciona a Tebas; y segundo, que todavía hay tiempo para curarlo. Edipo está dispuesto a hacerlo, pero no entiende todavía de qué se trata:

*Sí. ¿Pero cómo limpiarnos? ¿Cuál es la naturaleza del mal? (v.99)*

A esto le responden lo que agregó el oráculo: se trata de “castigar al culpable”, pues “es la sangre la que emponzoña la ciudad” (v.100-101).

Es así como sale a relucir el asunto: el olvidado y tapado asesinato del rey Layo. El asesino impune de aquel viejo crimen es el origen de mal actual. Es realmente un foco infeccioso que ahora se manifiesta y lo contamina todo. Esto era evidente para los griegos que comparaban lo que sucede en la naturaleza con lo que sucede entre los hombres. En ambos ámbitos la salud depende del orden, y el orden humano depende de la justicia. Mientras la justicia mantiene cada cosa en su lugar y así preserva la armonía del conjunto, la injusticia descoloca las cosas, les impide funcionar como les corresponde y las desarmoniza. Y así como un poco de veneno mancha las corrientes de agua, o como un puñado de cizaña se expande en un campo y destruye la cosecha, así la sociedad entera enferma a consecuencia de una injusticia no reparada. El criminal merecía castigo, y al no habérselo dado, todo el cuerpo social sufre y enferma: la sangre de la víctima, clamando todavía, atenta contra las fuentes de la vida. La pestífera esterilidad es su signo visible en la ciudad. Les compete a todos, y a su gobernante en primer término, asumir responsabilidades y restaurar la justicia.

Edipo, ahora que sabe, asumirá esta responsabilidad. Y no sin extrañarse, por cierto, de tan larga indolencia por parte de los tebanos. Para ello no hay más que una explicación: que, una vez salvados de la Esfinge por Edipo, y habiendo encontrado en él un nuevo rey capaz y confiable, los tebanos se sintieron al abrigo, seguros, y prefirieron disfrutar de la vida tranquila que así se les ofrecía: ¿para qué complicarse con el asunto del viejo rey? Irresponsablemente, echaron aquel pasado al olvido y descuidaron la justicia. Los culpables principales en esto fueron Creón y Yocasta, que no informaron a Edipo.

Edipo, pues, se hace cargo de la investigación y asume el hacer justicia. Sus palabras indican un compromiso total. No sólo está resuelto a “retomar el asunto desde el principio y aclararlo”, sino también a tomarlo como propio: “Tomo en mis manos la causa del dios y de Tebas... y la tomo por mí mismo”; “Vengaré a Layo, como si se tratara de mi propio padre.” En su resolución compromete su vida: “Estoy dispuesto a todo; si el dios me asiste, lo sacaré a luz o pereceré” (vv. 132-146). Esta alternativa es tajante, y lo que no sabe en ese momento es que “descubrir”, para él, será “perecer”. Esto le confiere una fuerza emotiva tremenda a la resolución de Edipo Rey.

Bajo esta carga patética emprende la investigación. Puesto que se trata de un hecho tan lejano, se hace necesaria una verdadera pesquisa

policial. “¿Cómo hallar el rastro, ya borroso, de un crimen tan antiguo?”, se había preguntado. Pero lo animan las palabras de Apolo, transmitidas por Creón: “Halla quien busca; sólo lo que se descuida se escapa” (vv. 109-110). Asume entonces un verdadero rol de detective: busca huellas, rastrea indicios del pasado, bucea en los signos y, a través de ellos, va siguiendo una pista. Al mismo tiempo se desempeña como juez: convoca testigos y los somete a interrogatorio.

El primer interrogado ha sido Creón quien, a pesar de sus temores, procuró los datos iniciales: que Layo había partido hacia Delfos en procura de un oráculo; que lo mataron durante el viaje; junto con sus acompañantes, salvo uno; que éste se escapó después de haber hecho este relato; que no se indagó más a causa del pavor que por entonces causaba la Esfinge.

Luego Edipo, aconsejado por el Coro de ancianos, manda llamar al adivino Tiresias y lo acoge con muestras de respeto hacia su ciencia y con la seguridad de que ese saber –al que nada se oculta– contribuirá al esclarecimiento del asunto. Pero Tiresias, precisamente porque sabe, se niega a hablar. Acuciado por el rey, el anciano hace alusiones primero y luego le lanza su acusación: “Tú eres el asesino que mancha este país” (v.353). Edipo reacciona sin poder entender...Y es lógico: hasta aquí él ha actuado irreprochablemente y, justamente por sentirse irreprochable, no puede aceptar la acusación de Tiresias. Encolerizado, lo injuria hasta llegar a herirlo en lo más vivo: en su ceguera física.

En este encuentro, “ceguera” y “verdad” juegan dramáticamente por contraste. La serena clarividencia del vidente ciego que afirma lo que sabe, hace resaltar más la ceguera ofuscada de Edipo que, en su alteración, acusa al anciano de charlatán mientras él se jacta de ver mejor y haber sido el único capaz de descifrar el enigma de la Esfinge... La palabra “verdad” (*alétheia*) es repetida muchas veces por Tiresias en su favor, destacando por otra parte cuán difícil puede llegar a resultarle esta “develación” al que, como Edipo se siente seguro, con méritos y derecho para ocupar el puesto que tiene. ¿Cómo no habría de punzarle esta declaración del anciano?:

*Tú me reprochas ser ciego; pero tú, tú que ves,  
¿cómo no ves dónde has caído, en qué mal,  
no ves con quiénes vives?  
¿Sabes siquiera de quién naciste? (vv.412)*

Este flechazo da en el blanco. Edipo se cree hijo del rey de Corinto, pero ha empezado a albergar dudas sobre su origen. Herido en su orgullo, comienza a ceder sin embargo su seguridad íntima, y más aún cuando oye estas palabras:

*El día de hoy te verá nacer y morir a la vez (v.438)*

*El hombre que buscas...está aquí y es tebano.  
Veía... y se volverá ciego.  
Era rico... y mendigaré,  
tomando, apoyado en su bastón, el camino del exilio.  
Se verá padre y hermano a la vez de sus hijos,  
esposo e hijo a la vez de la mujer que lo dio a luz,  
rival incestuoso de su propio padre! (vv. 452-460)*

Inquietantes revelaciones! Sin embargo, la inquietud resulta un punto de partida. Su justificada cólera al verse así acusado, no le impedirá a Edipo seguir la investigación hasta el fin. Buceando y ahondando en esa herida abierta por la humillación, se encaminará a desenterrar todo del olvido: no sólo la verdad sobre el asesinato de Layo, sino sobre su origen y su reciente pasado. Muriendo al engaño en que ha vivido y naciendo a la verdad, confirmará lo dicho por Tiresias.

¡Pero a qué precio!

El siguiente interrogatorio, a Creón, en que éste demuestra que lo único que le ha interesado hasta el momento es vivir tranquilo y sin problemas lavándose las manos, pero que al fin, bajo presión, confirma lo dicho por Tiresias, no tiene más resultado que encender más la cólera de Edipo. Lo toma por “cómplice” del vidente ya que lo que él, Edipo, sabe de sí mismo, le indica lo contrario de tales acusaciones y se siente inocente.

Y Yocasta, que llega entonces, hace todo lo posible por descargarlo de inquietudes. Yocasta, que ha tendido un manto de olvido sobre el pasado (sobre todo un pasado muy lejano en que hay culpas suyas conscientes, como veremos), que no ha querido indagar acerca del forastero que le tocó por marido, ahora lo que menos desea es adquirir sospechas sobre su presente. De modo que, puesta entre la espada y la pared por las preguntas de Edipo, es decir, obligada a recordar el lejano pasado, acomoda sus recuerdos tanto para tranquilizarlo como para tranquilizarse ella misma. A tal efecto le da estos datos: que un oráculo había anunciado a Layo que un hijo lo mataría; que el hijo

recién nacido fue entregado entonces para que se le diese muerte; y que muchos años después Layo fue asesinado por desconocidos en una triple encrucijada.

Pero lo que para Yocasta son pruebas de inocencia, producen en Edipo el efecto contrario: lo turban. Sobre todo el tercer dato hace mella en él pues le trae a la memoria a alguien a quien él matara sin saber su identidad, en un lugar con esas características. Su alma se oscurece con sospechas, pero a través de ellas se atreve a seguir buscando la verdad. Requiere más detalles: dónde y cuándo sucedió el hecho, cómo era Layo, con quién iba, y quién la informó. Todo coincide con sus propios recuerdos. Y por más que él se sabe hijo del rey de Corinto y no de Layo, despiertan ahora en su memoria otras cosas inquietantes: que una vez lo llamaron “hijo supuesto”; que, por ello, corrió a Delfos a consultar a Apolo; y que éste, en lugar de contestarle sobre aquel asunto, le predijo que mataría a su padre, se casaría con su madre y tendría hijos con ella... Empero, lo que para Edipo resultan ya casi pruebas de su crimen, para Yocasta no lo son. ¿Cómo creerlo, puesto que el hijo suyo y de Layo pereció? Yocasta se aferra a esto con todas sus fuerzas, pero Edipo toma en cuenta una pista que ella misma le proveyera: el único testigo del asesinato de Layo –el que vino a informar a Tebas– pidió irse de allí en cuanto Edipo subió al trono....Y así éste, a pesar de su creciente temor, decide buscarlo e interrogarlo.

Intérprete de la terrible y ambigua situación que vive el rey su pueblo, el Coro se dirige a Zeus con una doble súplica: que garantice su santa ley permitiendo que se llegue a la verdad y se haga justicia, y que ayude al hombre a mantenerse piadoso y puro.

Yocasta también ha suplicado, y toma como respuesta favorable de la divinidad la llegada de un mensajero de Corinto que, en ese momento, trae la noticia de la muerte de Pólipo, por lo cual esa ciudad lo reclama a Edipo por rey. ¡Que éste deponga definitivamente sus temores! Muy desenvuelta, Yocasta declara falso al oráculo, dado que ya no hay más peligro de que mate a Pólipo; y en cuanto a lo de casarse con su madre: “No temas –le dice–, muchos mortales lo han hecho en sueños...” Muy distinta es la actitud de Edipo quien, temiendo aquel anunciado incesto, se niega a volver a Corinto a asumir el trono. Pero precisamente este gesto de delicada nobleza, le vale la inesperada revelación: el mensajero le declara que él no es hijo del difunto rey. Sigue este diálogo:

- *¿Cómo sabes que no soy su hijo? –Yo mismo te entregué al rey...*
- *¿Me hallaste o me compraste? –Te hallé en el Citerón.*
- *¿De qué sufría yo...? –De los tobillos*
- *¿Quién te entregó el niño? –Un hombre de Layo...*
- *¿Lo reconocerías...? (vv. 1021-1046)*

Edipo (icuyo nombre –“pies hinchados”– indica precisamente que sufría de un edema, y esto por estar atado en los tobillos!) procede en el interrogatorio como si se tratara de otro, objetivamente, acallando su sentimiento y, al contrario, avanzando más y más a través de la herida que se agranda... Es el mensajero, en cambio, quien trastabilla a medida que se da cuenta lo que significan sus respuestas para ese hombre que busca a toda costa la verdad. Resuelto a seguir sus huellas y alcanzarla, Edipo clama. “Llegó el momento de descubrirlo todo...” (v.1050).

Muy distinta (si bien comprensible) es la reacción de Yocasta: no querría saber, y al cabo, vencida por la prueba, se retira con un grito desesperado: “¡Desgraciado, es el único nombre que puedo darte!” (vv.1071-1072).

Tampoco el Coro querría saber... La verdad es tan cruel para estos hombres que aman a su rey, que prefieren recurrir a la fantasía, imaginándolo hijo de las náyades del Citerón... Y ello contrasta tanto más con la decisión del protagonista: seguir las huellas hasta el fin.

Edipo, en efecto, ya no se volverá atrás. Tras su primer descubrimiento –no ser hijo de Pólipo–, va a investigar si realmente fue hijo de Layo. Para esto convoca e interroga al último testigo: el pastor. Y aunque éste se resiste y finge no reconocerlo, lo acucia como un juez en el tribunal:

- *¿Fuiste de Layo? –Sí.*
- *¿Cuál era tu oficio? –Pastor.*
- *¿Dónde? –En el Citerón.*
- *¿Recuerdas a este hombre? (señalando al mensajero de Corinto) –Sí.*
- *¿Te acuerdas del niño? ...Yo soy el niño... (el pastor calla y Edipo lo azuza).*
- *¿Se lo entregaste a él? –Sí.*
- *¿Quién te lo dio? –La madre... la reina...*
- *¿Por qué te lo confió? –Un oráculo (que mataría a su padre).*
- *¿Para qué? –Para darle muerte.*
- *¿Por qué no lo hiciste, obedeciendo? –Por lástima lo salvé, ¡ay, para peor mal! (vv. 1122-1180).*

La cuerda trágica llega al máximo de tensión. La última respuesta del pastor es como un dardo que da en el blanco de la verdad. A un tiempo arranca el último velo y desgarrar el alma de Edipo quien clama:

*¡Ay, ay! ¡Al fin todo está claro!  
¡Oh luz, que te vea aquí por vez postrera!  
Porque hoy me revelo hijo de quien no debiera haber nacido,  
esposo de quien no debiera serlo, asesino de quien no debiera haber matado!* (vv. 1182-1185).

El oráculo de Apolo, dios de la luz, se manifiesta verídico, y el castigo que se inflige Edipo –clavarse los ojos– es entonces un acto reverencial para aniquilar la mentira en que había vivido y para expiar por ella.

Lo notable es que lo que él ha hecho involuntariamente, es reconocido y asumido voluntariamente. En esto Edipo se muestra responsable como hombre y como rey. Objetivamente, sus faltas morales corrompían el tejido social: la peste era un índice de ello. Lejos de nuestro subjetivismo, la mentalidad griega reconoce la solidaridad en el bien y en el mal, es decir, la incidencia de los actos privados en el todo social. Un miembro enfermo, si no se lo cura, termina por enfermar a todo el cuerpo.

Sófocles proponía estas reflexiones a sus conciudadanos en un momento en que le eran necesarias. Esta obra fue presentada en el 430, cuando se desató una peste en Atenas. Este flagelo se agregó a otro: la guerra del Peloponeso, que les sobrevino a los atenienses en 432 (que duraría hasta 404), tras un período de esplendor singular: el período de paz, prosperidad y brillo cultural durante el cual Atenas fue gobernada por Pericles (447-431). Este gran gobernante –reiteradamente elegido como estratega por voto democrático, supo guiarlos y alentar magnas producciones. Fue la época de las grandes obras arquitectónicas y escultóricas, la época de los grandes pensadores, filósofos, poetas y dramaturgos que presentaron el ideal ético de justicia, equilibrio y medida que reflejan también aquellas construcciones. Pero justamente este esplendor único provocó los celos de las demás ciudades de Grecia. Desatadas las hostilidades bélicas en 432, los espartanos trataron asimismo de atizar la discordia entre los partidos de Atenas y minar en su propio seno la popularidad de Pericles con críticas a sus colaboradores (Fidias, Anaxágoras, Aspasia). La peste que empezó en 432 y prosiguió assolándolos contribuyó al desconcierto de aquella sociedad democrática,

apuntalada en sus ideales y conducida por su gran estadista. Ante estos peligros, se le confirieron a Pericles poderes omnímodos, que utilizó con su proverbial sentido de responsabilidad. Y por más que la peste le arrebató sus hijos y allegados, no dejó (hasta sucumbir él mismo en 429) de alentar a los atenienses a mantenerse firmes en sus principios. Sin embargo, iba ganando el desánimo: una buena parte de los ciudadanos tendían por entonces a buscar el aturdimiento y el olvido en el goce desenfrenado del momento presente.

Contra esto escribe Sófocles, tratando de salvar el ideal ateniense. Su Edipo refleja indudablemente a Pericles y, al mismo tiempo, llama a todos a enfrentar los desafíos del momento presente, a compartir la situación, a hacerse cargo de sus respectivas responsabilidades en la polis. La tragedia es espejo de la vida, palestra educativa que apela a las conciencias.

Así, pues, ha reflejado en sus personajes distintos modos de inconciencia e irresponsabilidad. Algunos son más graves, como se ve en el caso de Layo y Yocasta que, conociendo el oráculo, entregaron al recién nacido a un pastor tebano para que lo matara; y también en el de Creón, allegado a ellos y conocedor de todo, pero acomodaticio y de poco seso. Otros, en cambio, resultan implicados por debilidad, y hasta con buenas intenciones: el pastor tebano que por piedad lo entregó al pastor corintio; el pastor corintio que lo entregó a sus reyes que no tenían hijos; Pólipo, rey de Corinto, y su esposa que lo adoptaron como hijo y nunca le informaron sobre su origen... De este modo se da un encadenamiento de acciones bastante naturales y comprensibles que contribuyeron a ocultar la verdad. Mientras, gozaban del buen gobierno de aquel rey, Edipo, que les había caído del cielo... Y éste, en tanto, ignoraba la "impiedad" intrínseca de sus propios actos...

Sólo Edipo, al darse cuenta de la contaminación que esas faltas han producido, se resuelve lealmente a exterminarlas de cuajo en su propia persona. Éstas son las magnas lecciones de la tragedia de Sófocles:

- 1) lo que Edipo ha hecho sin saber e involuntariamente es reconocido a sabiendas y asumido por él voluntariamente.
  
- 2) Con el dolor que sufre por reconocerse tal cual es y con el castigo voluntario que se inflige *aniquila la mentira* en que sin querer ha vivido y *hace objetivamente justicia*: repara y expía, librando a su ciudad de la plaga.

Apolo había dicho que ese mal todavía podía ser curado... y así ha resultado por decisión y obra del desgraciado Edipo.

¿Qué concluir de esto?

La Verdad puede ser dolorosa, pero es peor vivir en la mentira.

La justicia puede ser dolorosa, pero es pésimo mantener la injusticia.

Mentira e injusticia van contra el orden y el sentido de la existencia (personal, social y cósmica).

Esto es lo que no puede admitir el sentir de los griegos. La tragedia da testimonio de esta convicción.

Edipo, sin culpa personal, ha cargado sin embargo con este testimonio, y en esto reside su innegable grandeza: una grandeza mucho mayor que la del comienzo cuando se sentía exitoso, seguro, y capaz de controlar la situación. El primer oráculo de Apolo que se ha cumplido en él tan dolorosamente le ha quitado aquella grandeza frívola (por ingenua) de aquellos a quien “todo les ha salido bien”: creerse “excelente” e “inmune” de males, lo que produce envanecimiento, vanidad, altanería...

Y esto es un ejemplo para todos. ¿Quién no está tentado de marearse cuando el éxito le sonríe demasiado y es festejado en medio de su poder y renombre? Fácilmente se lo atribuye todo a sí mismo sin tener en cuenta cuánto lo debe a las circunstancias, y sin pensar en lo recibido –capacidades, educación, apoyos familiares, relaciones, etc.–... Ensalzado como un dios, se lo cree: se cree “artífice de su propio destino”.

¿Cómo no reconocer entonces que el “cambio de fortuna” sirve para volver a la medida, a la modestia, a la moderación? Siglos más tarde, Boecio, aquel último exponente de la cultura clásica ya en tiempos cristianos (hacia el 500 de nuestra era), hablará de la “Rueda de la Fortuna” adjudicándole este sentido a su movimiento: hacer descender a los previamente engraidos de su pedestal y levantar, animándolos, a los anteriormente humillados... Y siguiendo esta idea, Dante dirá que ella es una “ministra de la Providencia”.

Así pues, lo que se ha visto en grado superlativo en Edipo, conmueve y toca a todos...

El Coro comenta, al final, esta otra lección de la tragedia:

*Ved, habitantes de Tebas, mi patria. He aquí a Edipo,  
aquel experto en enigmas famosos, que era el más poderoso de  
[los hombres.*

¿Quién le vio que no envidiase su fortuna y su renombre?  
¡Hoy, precipitado bajo tal ola de miserias!  
¡Ah! Guardémonos de llamar dichoso a nadie,  
mientras no haya traspasado los umbrales de la vida  
sin probar la adversidad! (vv.1525-1530).

El Coro expresa así lo que sienten todos los espectadores. Ciertamente es el efecto “catártico” –purificador– de la tragedia, que resulta de haber contemplado y compartido lo visto: no sólo “compasión y temor” –al decir de Aristóteles–, sino mejor aún: “temor reverencial y comprensión” (“*awe and understanding*”) –según lo explica Kitto:

Cuando hemos visto sucesos terribles que ocurren en el drama, comprendemos, como no siempre podemos hacerlo en la vida, *por qué* han ocurrido; o, al menos vemos que *no sucedieron por casualidad, sin sentido*; sentimos que el universo es coherente, por más que no lo entendamos del todo.

En esto reside la grandeza de *Edipo Rey*: nos muestra que por más que la vida haya sido tan cruel con Edipo, no es por ello un caos” (*Form & Meaning in Drama*, p.225)

De hecho, ésta es la verdad última que nos transmite la tragedia: comprendemos con todo el ser (mente y corazón unidos) que la vida no es un absurdo sino, en todo caso, un *misterio* –cuyo sentido es tan hondo que supera la comprensión humana y que podría irse penetrando más.

Esto resalta en la vivencia de Edipo. Edipo sufre al máximo:

*¡Ah, creedme, no hay quien cargue con los males que yo cargo!*  
(v.1415)

y a la vez intuye un sentido profundo:

*Y sin embargo, ...siento que se arraiga  
en el fondo del alma una certeza:  
que ni la enfermedad ni mal alguno  
acabarán conmigo, pues la muerte  
no me hubiera soltado de sus garras  
si no es porque me espera  
algún destino de misterio y dolor! (v.1455-58)*

Por el momento se le escapa, pero en la medida que persevera en esa certeza, se le irá aclarando a este “hombre de dolor”, a este “justo sufriente”, a este “Job” de los griegos.

## **2. Edipo en Colono. “Morir para nacer”**

Entre la composición del *Edipo Rey* (430 a JC) y la del *Edipo en Colono* (407-406) distan muchos años, no muchos más que los que median entre la caída del protagonista y su rehabilitación. Se diría que el dramaturgo se proyecta en su personaje mostrando que el tiempo y el sufrimiento hacen meditar, aprender y profundizar.

Antes de escribir esta su última tragedia, Sófocles ha vivido las grandes pruebas y desfallecimientos que trajo consigo la Guerra del Peloponeso. Muerto Pericles en 429, Atenas cae en manos de ambiciosos –uno de los cuales, Cleón, recuerda al Creón de las tragedias– y también aquel Alcibíades que a pesar de su formación, traiciona a su patria... lo que fue aprovechado por los espartanos y sus aliados.

Al final, en 404, caerá Atenas –a la que quisieron destruir Tebas y Corinto, que salvó en cambio Esparta–; si bien Sófocles no verá este fin, pues él muere en 406, parece vislumbrar poco antes ya el triste rol que cumpliría Tebas, y por otra parte intuye que, a pesar de todo, el alto ideal de Atenas no perecerá, sino se renovará. Confiando en este ideal, que encarnara tan superlativamente su amigo Pericles, dedica a Edipo otra obra en que no sólo reeleva a este “hombre de dolor”, sino también lo liga al significado espiritual de Atenas. Mostrará en ella justamente que el más alto ideal no pierde, sino gana, con el sufrimiento. Más aún: que éste hace morir al “hombre viejo” para que nazca un “hombre nuevo”.

Y esto se lo permite precisamente el género trágico, pues la tragedia ateniense era una liturgia que se insertaba en el culto a Dionisos. Las Fiestas Dionisiacas celebraban el renacer de la vida en la naturaleza primaveral tras el período de muerte invernal. Dionisos lo representaba en cuanto divinidad que se sometía al ciclo de muerte y renacimiento, en beneficio de la vida: no sólo de la fecundidad de la tierra sino también de la regeneración de la vida humana.

Este marco referencial teológico también será aplicable al misterio de la existencia de Edipo. Si la primera tragedia terminó mostrándolo sumido en el más acervo dolor, la segunda arranca cuando ese dolor

está a punto de llegar a su término. Durante el largo lapso que media entre un momento y otro, Edipo ha muerto a lo que era, y aparece en escena íntimamente cambiado. Aunque ciego, viejo y andrajoso, los que lo ven reconocen en él un gesto digno:

*Tú eres noble, eso se ve: sólo la suerte te es contraria (v.75)*

Y él lo ratifica:

*Esta resignación me la enseñaron  
los padecimientos, los largos años y mi natural nobleza (v.78)*

Ciertamente, no sólo ha dejado de infectar el tejido social, sino también lo ha purificado mediante sus sufrimientos autopunitivos. Sereno y conforme, ya no clama contra sí mismo ni se acusa de “impiedad”. Excluido voluntariamente de la vida pública, ha vivido por dentro, meditando y aprendiendo. Se sabe dispuesto a beber hasta las heces el cáliz de expiación que misteriosamente le ha sido asignado. Ahora es más que antes justo sufriente, pues no sólo ha perseverado en dicha humillación a lo largo de los años, sino también ha padecido últimamente la cruel injusticia de ser desterrado de Tebas por sus propios hijos, ni bien llegaron a la edad de asumir el cetro. Arrojado por ellos y por Creón, no le ha quedado sino apoyarse en “el bastón” de su hija Antígona. Y así, ciego a lo de afuera, pero lúcido interiormente, ha peregrinado, confiando en la guía de Apolo, en busca del lugar que este dios le indicara como meta, prediciéndole un desenlace benéfico para él y para quienes le acogieran.

De modo que, habiendo llegado a un bosquecillo sagrado, cerca de Colono y no muy lejos de Atenas, Edipo se alegra cuando le informan que se trata del bosque de las Euménides. Reconociendo en él lo pronosticado por el oráculo, les ruega a estas divinidades que lo acojan como “suplicante”.

Es que justamente en Atenas, la acción de estas deidades ha sido moderada por obra de Atenea e inspiración de Apolo. Cabe recordar, al respecto, lo relatado por Esquilo en la *Orestíada*. Eran antes las Erinias, o Furias, que acometían con terribles e inacabables remordimientos a quienes habían cometido crímenes contra la propia sangre. La transformación consistió en ponerles medida. Según el lema de Apolo “nada en demasía”, los remordimientos debieron atenerse al límite que requiere la purificación de la falta. Así ajustadas, las deidades de los

remordimientos se volvieron benéficas. De allí su nuevo nombre, Euménides: benevolentes.

Y Edipo (que ha delinquido contra su propia sangre, aunque no voluntariamente, sí objetivamente) se encomienda a su benevolencia puesto que, habiendo llegado a aquel lugar donde se les rinde culto, se da cuenta que ha completado su expiación y purificación:

*Oh poderosas, terribles diosas,  
puesto que sois las primeras en recibirme en esta tierra,  
no os mostréis insensibles a la voz de Apolo, ni a la mía.  
Apolo, quien al anunciarme todos mis males me predijo  
que reposo final, tras largos años, obtendría  
cuando, al llegar a la última tierra, encontrara en ella  
abrigo acogedor y hospitalario de las diosas temidas.  
Allí la meta de mi penosa vida, donde yo me volviere  
bendición para los que me acogiesen,  
así como desgracia para quienes me echaron.  
Me dio los signos que entonces vería surgir:  
terremotos, relámpagos y el trueno de Zeus...  
Reconozco la suerte que me guió con presagios  
a este sagrado bosque... Realizad, pues, oh diosas,  
la predicción de Apolo, concededme la meta, el fin,  
vosotras, oh dulces hijas de la sombra primigenia.  
Junto con la ciudad de Atenas, hacedlo, a menos que estiméis  
que aún le falta algo a mi cuenta de dolores,  
los más crueles entre los dolores humanos.  
Recibid a esta sombra que antes se llamaba Edipo,  
que por cierto ya no está aquí el viejo hombre (vv.84-110)*

Conmovedoras son la docilidad y entrega de este suplicante, dispuesto a sufrir más si aún fuese necesario. Empero, si la “medida” de la expiación se ha cumplido, bien le cabe decir:

*Aquí mi asilo hallé, reconozco la auténtica señal de mi destino...*

El único obstáculo que habrá de atravesar aún es la opinión de los hombres, que se apoya en la apariencias. Esta es un velo que les impide ver la verdad. Los ancianos de Colono (que forman el Coro) desconfían de Edipo. Desconfían sobre todo a causa de su fama: lo que saben de él es la historia de sus delitos y desconocen su íntima transformación. Por eso llama la atención la sensatez del protagonista:

comprendiendo que es lógica y muy humana esa desconfianza de los de Colono, apela ante todo a sus sentimientos religiosos para alertarlos y llevarlos a la honda verdad. Esto es lo que significa, en efecto, la “piedad” (eusébeia), aquí invocada como virtud propia y eminente del pueblo ateniense:

*¿Acaso no se dice que Atenas es ciudad piadosa  
más que todas...? (vv.260-261)*

*Y puesto que tenéis tal respeto por los dioses,  
no obréis ahora desmintiéndolo... (vv.277-278)*

Los dioses amparan al “suplicante” –y Edipo lo es por ampararse en un lugar sagrado como es aquel bosquecillo–. Admitido como tal, los incita a trasponer el velo de las apariencias y les revela entonces la “verdad” de su vida, que él descubrió tras “haber madurado en el dolor” (v.437):

*¿Criminal me creéis? Yo padecí mis actos, no los cometí...  
Lo que hice, lo hice sin saber...  
Yo me presento aquí, mortal sagrado y piadoso,  
y traigo bendición para este pueblo... (vv.265-6; 272; 287-8)*

Con absoluta convicción Edipo se declara “sagrado” (*hierós*), “piadoso” (*eusebés*) y “portador de un don” (*féron ónesin*). ¡Y el misterio de esta existencia ambigua sale a la luz! Con clara conciencia discierne ahora sus dos aspectos: haber “padecido” tanto sus actos delictivos como sus consecuencias. Más adelante lo aclara en el diálogo:

*–¿Padeciste...? –Padecí...  
–¿Delinquistes...? –Delinquí... (vv.537-538)*

Resulta difícil aceptar esta “distinción”. ¡Pero en ella estriba el misterio de Edipo, el “justo sufriente”! Aún incrédulos, estos hombres recibirán de inmediato una confirmación: un nuevo oráculo de Apolo que trae Ismene, la hija menor de Edipo. Refiriéndose a los tebanos que lo habían desterrado, le manda decir el dios:

*Un día vendrá en que las gentes de allá te buscarán,  
vivo o muerto, como fuente de gracia (vv.389-90)*

Este oráculo ilumina del todo a Edipo, quien exclama:

*¡Es entonces cuando no soy nada, que llego a ser verdaderamente un hombre! (vv.393)*

Entiende que la muerte del viejo hombre (el de las apariencias exitosas) ha traído el nacimiento de un hombre cabal. Y confirmando este sentido del mensaje, Ismene agrega:

*¡Padre, los dioses que antes te aniquilaron, hoy te levantan! (vv.394)*

Esto convence también a los ancianos de Colono, quienes le dan entonces la oportunidad de mostrar mediante un rito lo que Edipo afirma: que ya está puro (*katharós*) del triple crimen que se le imputaba. Debe hacer “tres libaciones” a las Euménides. Esta triple libación cobra un simbolismo que es la contraparte del simbolismo de aquella “triple encrucijada” que pareció una jugarreta del destino para atraparlo, ya que, sin saber, realizó lo profetizado: “matar al que no debía”, “unirse a quien no debía” y “engendrar hijos como no debía”.

Aunque fueron involuntarios, los expió voluntariamente, sometiéndose a la vergüenza pública. Su fama fue puesta en la picota, pero él se dejó guiar por la divinidad, y ésta, al fin, le muestra su conformidad y exalta el valor de su humillación hasta el punto de llamarlo “portador de gracia” y “salvador”.

Pero no será Tebas, que lo ha rechazado, la que se beneficie, sino Atenas, que lo acepta y acoge. En nombre de esta ciudad, aquí destacada sobre todo por su “piedad” o respeto al orden divino, lo hará su rey: Teseo.

La hospitalidad que le brinda es uno de los rasgos de la “*pietas*”. Teseo queda convencido ante los signos divinos y se compromete con Edipo vislumbrando el misterio de su existencia. Ante todo lo protege contra las intrigas que acaban de urdir los tebanos: malévolas maquinaciones de Creón y de Polinices quienes pretenden arrancarlo del asilo señalado por el oráculo y llevárselo de vuelta a Tebas. Por esto Tebas aparece como ciudad “impía”, signada por el mal, opuesta a Atenas, ciudad “piadosa”.

La última disposición de Apolo es que Atenas, por haber actuado así, se vea libre en adelante del mal que viene de Tebas: la desmesura, la injusticia, la impiedad. Este anuncio, dicho en el momento en que los tebanos la acosaban, resultaba tanto más significativo. Edipo se lo transmite a Teseo en estos términos:

Voy a decirte, oh hijo de Egeo, qué tesoro obtendréis,  
tú y tu ciudad, para siempre.  
Tú me seguirás al sitio donde debo morir,  
y yo te conduciré sin que nadie me lleve de la mano...  
Y el misterio santísimo sabrás, que palabra alguna  
tiene derecho a remover; tú solo, pues a nadie más  
puedo revelarlo...Tú sólo guárdalo...  
hasta revelarlo a tu sucesor...  
Así mantendrás tu país a salvo de los males que le infligirán  
los hijos de la tierra (los tebanos).  
¡Cuántas ciudades, por más bien gobernadas que estén,  
se dejan arrastrar a la desmesura!  
Pero el ojo de los dioses sabe descubrirla, aún después de mucho  
[tiempo.

En cambio tú, hijo de Egeo, proponte no caer en ella.

...  
Ven, ven sin tocarme, déjame hallar solo  
la tumba santa en que debo ser sepultado...  
Me guían los dioses...  
A ti, amadísimo y hospitalario,  
a esta tierra, a tus sucesores, os deseo que seáis felices,  
pero no me olvidéis, aun muerto, en medio de esta felicidad  
si es que queréis conservarla siempre (vv. 1518-1555)

Según lo dicho, Atenas está llamada a ser guardiana de la “medida”, que garantiza la felicidad. Puesto que Edipo ha vencido en sí mismo la desmesura al hacer morir en sí mismo todo engaño y vanidad, entrega ahora esa experiencia como legado a la ciudad que le ha brindado hospitalidad. Éste es su “don”, que conlleva una alerta: no dejarse seducir nunca por la desmesura –ese “más” que atrae con apariencia engañosa y que, por eso mismo decepciona al cabo, tras haber falseado y arruinado la vida.

Esto era realmente una advertencia para los atenienses en el momento en que fue escrito. Durante la Guerra del Peloponeso, Atenas corría peligro de sucumbir a la desmesura frente a sus atacantes, uno de los cuales era Tebas. En lugar de imitar su desmesura, había que cultivar más que nunca la virtud que la habían engrandecido: la medida, enraizada en el orden divino, fundamento de la justicia, y clave de la felicidad. Sófocles estaba presentando a los suyos este “misterio de Edipo” para que reconociesen en este “justo sufriente” y dignificado por sus sufrimientos, al modelo que habían de seguir si es que querían que Atenas no dejase de ser lo que hasta entonces había sido.

La obra culmina enalteciendo la figura ejemplar de Edipo en el plano del misterio sagrado. “Son cosas para maravillar”, dice el mensajero que relata sus últimos momentos. “Nadie guiaba a Edipo –recalca–, él guiaba” (vv.1588-9). Cuando Edipo se internó en el bosque y se despidió de sus hijas, se adelantó con Teseo quien, según lo indicado por el oráculo, había de ser el único testigo de su apoteosis. Tras un triple relampagueo enviado por Zeus, y respondiendo a voces divinas que le indicaban el camino, Edipo avanzó hasta un punto en que desapareció misteriosamente:

*No partió escoltado por llantos, ni en dolores,  
sino en pleno milagro... (vv.1663-1664)*

Ratificando que su testimonio es verídico, el mensajero describe asimismo el temor sagrado que se apoderó de Teseo:

*...lo vimos cubrirse los ojos...y prosternarse  
adorando a la vez a la Tierra y al divino Olimpo... (vv.1650-5)*

Con este gesto reverente, el rey reconoce y agradece lo que se le ha manifestado. Aquel hombre de dolor, aquel justo sufriente, fue exaltado como un mediador que ha logrado reconciliar el cielo y la tierra, restableciendo el orden que antes fuera conculcado. Ante esta benéfica mediación, Teseo prohíbe todo duelo y el Coro a su vez le hace eco exclamando:

*¡Basta! Que el duelo acabe ya.  
Todo se cierra aquí definitivamente (vv.1777-1778)*

Así acaba la obra en la cual Sófocles, poco antes de morir, no sólo legó a los atenienses la convicción de su más alto ideal humano-político, sino también les confió su misteriosa vislumbre de la figura de un Salvador. En cuanto a este último aspecto, se diría que el final apoteósico del protagonista hace pensar que el destino incomprensible que le fijó el oráculo al empujarlo a delinquir tan gravemente sin querer, tenía por objeto hacerle probar la máxima humillación y, mediante esta humillación libremente sobrellevada, señalar por anticipado un camino que se manifestaría plenamente en Aquel inocente que cargó con los pecados del mundo, cuyo sentido Él explicitó diciendo: “El que se humilla será exaltado”, y también: “Si el grano de trigo no muere, no da fruto, pero si muere, da mucho fruto.”

## Nota

### *Más sobre Edipo y el supuesto “complejo de Edipo”*

Algunas leyendas en Grecia traen datos sobre el padre de Edipo, Layo. Según ello, durante un asedio de Tebas, Layo huyó de esta ciudad y se refugió en la corte de Pélope –en la provincia de Elis en el noroeste del Peloponeso–; allí Layo se enamoró de Chrisipo, hijo de Pélope, y con el pretexto de enseñarle a conducir un carruaje, se lo llevó afuera de la ciudad donde lo violó.

Por este ultraje, Pélope maldijo a Layo, quien se escapó y volvió a Tebas. Para ese entonces Amphion y Zethus habían muerto, y los tebanos lo proclamaron a Layo rey. Casó con Yocasta (descendiente de espartanos). Pero como un oráculo le predijo que moriría a manos de su propio hijo, se abstuvo de relaciones con ella –hasta un día en que se emborrachó.

Cuando nació el niño, Layo ordenó que fuera expuesto para morir y que le traspasaran los pies (para evitar que el fantasma caminara) y así lo entregaron a un pastor, con orden de abandonarlo en el monte Citerón cerca de Tebas.

...Sigue lo conocido.

Feud manipula el mito, no haciendo referencia a esta parte: que Layo violó a Chrisipo (quien por ello se suicidó)– y de allí el oráculo (como castigo) de que su propio hijo lo mataría y viviría con su madre...

Pierre Lassus, en *Être parents au risque de l'Évangile (pour en finir avec les sacrifices d'enfants)*, Paris, Albin Michel, 1999, hace notar que Freud, conocedor de la cultura antigua, escamotea a sabiendas esa parte de la leyenda, y que “esta lectura trunca está en perfecta armonía con el deseo de invertir la falta y descargar a los padres culpables” (Layo y Yocasta). Es una tentativa de “borrar la falta de los padres” (p.104) –probablemente para borrar la de su propio padre...

De allí que instaure la “teoría de las pulsiones”, cuyo recurso es interpretar las situaciones relatadas como fantasías de los niños, viendo en los relatos nada más que “la expresión natural de pulsiones constitutivas del psiquismo humano” (p. 105). “La palabra del niño no va a valer por lo dicho manifiestamente, sino será objeto de una interpretación tendiente a desalojar los fantasmas subyacentes, negando por completo la materialidad de los hechos.” (p.105). La teoría se convertirá en “dogma” entre los psicoanalistas y quien la cuestionó, Sandor Firenzi, fue puesto en el “índice” por ellos...

George Steiner también había señalado este desvío practicado por Freud sobre la leyenda de Edipo y su reinterpretación metafórica de este personaje. En su obra de 1974 *Nostalgia for the Absolute* (traducida: *Nostalgia de*

*absoluto*, Barc., Siruela, 2001) señala que Freud no dedujo su “complejo de Edipo” de pruebas científicas, sino lo extrajo del mito y la literatura. Primero (1896-7) Freud había acumulado un material de fantasías, ensueños diurnos y modelos obsesivos de sus pacientes, y dicho material parecía conducir a “hechos” de seducción de niñas por parte de sus padres. “Al principio –indica Steiner– Freud se inclinó a creer que esto había sucedido realmente”. Mas “luego comenzó a preocuparse: demasiadas niñas seducidas por demasiados padres; incluso en la Viena degenerada de la época, aquello carecía de sentido”. Entonces “empezó a buscar una explicación diferente”. Y qué se le ocurrió? Una ocurrencia que le confía a su amigo Fliess en una carta del 21 de septiembre de 1897: “Esto –dice– podría dejar abierta la posible explicación de que la fantasía sexual hace un uso regular del tema de los padres.” De ahí el “giro copernicano” de Freud: en lugar de atenerse a “pruebas clínicas”, recurre al mito y pergeña la “conjetura del complejo de Edipo”. Véase cómo: “Se me ha ocurrido una idea de alcance general –le comenta a Fliess en carta del 15 de octubre–. He encontrado el amor de la madre y los celos del padre también en mi vida, y ahora creo que es un fenómeno generalizable a toda la primera infancia. Si es así, la fuerza del *Edipo Rey* de Sófocles, a pesar de todas las referencias al destino inexorable que aparecen en la obra, se hace perfectamente inteligible. Cada miembro del público se convierte en Edipo en su fantasía, y la satisfacción de este sueño representado en la realidad hace que todo el mundo retroceda horrorizado cuando se revela la plena medida de la represión que separa sus rasgos infantiles de su estado actual.” Y Freud no sólo acude a Edipo; con éste vincula a *Hamlet*. E insistirá con otros textos literarios para responder a quienes atacaron sus postulados. “¿Por qué me atacan? –escribe– La prueba de lo que digo está abundantemente presente en los grandes poetas del pasado. En *Edipo*, Yocasta declara: «Antes de esto, tanto en sueños como en los oráculos, muchos hombres han dormido con su propia madre.» Y en la gran novela de Diderot, *El sobrino de Rameau*, leo: «Si el niño –el pequeño salvaje– fuera abandonado a sí mismo, si conservara toda su insensatez y combinara las violentas pasiones de un hombre de treinta años con la falta de razón de un niño de cuna, retorcería el pescuezo a su padre y saltaría a la cama de su madre.»”

Claramente se ve lo subrayado por Steiner: que Freud no se atiene a un método científico; lejos de ello: “la demostración de Freud de la universalidad de sus metáforas terapéuticas, así como el complejo de Edipo, son en sí mismas construcciones metafóricas” expuestos “en mitos” (p.42-46).